

LA TEORÍA DEL GATOPARDISMO: ENTRE REVOLUCIONES PASIVAS Y CONSERVADORAS*

Pierre Gaussens**

RESUMEN. El gatopardismo se refiere a la forma de una acción política que es presentada como “revolucionaria”, pero que en realidad no altera las estructuras de poder del orden social, produciendo así una ilusión de cambio. Pese a su potencial analítico, la adopción de esta perspectiva crítica suele restringirse a un uso retórico que limita su alcance teórico. El aporte de este artículo busca paliar esta deficiencia al dotar la noción de gatopardismo con contenidos de teoría social, otorgándole mayor robustez, precisión y filo analítico. Para ello, el texto pone a debatir la idea de gatopardismo a partir de una comparación original entre tres conceptos sociológicos: la *revolución pasiva* en Gramsci, la *revolución conservadora* en Bourdieu y el *principio de Lampedusa* en Wallerstein.

PALABRAS CLAVE. Gatopardismo; Lampedusa; revolución; pasiva; conservadora.

* Este artículo ha sido redactado gracias a una residencia FIAS en el Instituto de Estudios Avanzados de París. Ha recibido un financiamiento del programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea, en el marco del convenio de subsidio Marie Skłodowska-Curie N° 945408, y del programa del Estado francés “Investissements d’avenir” gestionado por la Agencia Nacional de Investigación (ANR-11-LABX-0027-01 Labex RFIEA+).

** Profesor investigador del Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México, México. Correo electrónico: pgaussens@colmex.mx

THE THEORY OF GATOPARDISM: BETWEEN PASSIVE AND CONSERVATIVE REVOLUTIONS

ABSTRACT. The term “Gatopardism” refers to a type of political action that is presented as “revolutionary”, but which, in reality, does not alter the power structures of the social order, thus producing an illusion of change. Despite its analytical potential, the adoption of this critical perspective is usually restricted to a rhetorical use that limits its theoretical scope. This article seeks to address this deficiency by providing the notion of “Gatopardism” with social theory content, giving it greater robustness, precision and analytical edge. To this end, the text discusses the idea of gatopardism based on an original comparison between three sociological concepts: Gramsci’s *passive revolution*, Bourdieu’s *conservative revolution*, and Wallerstein’s *Lampedusa principle*.

KEYWORDS. Gatopardism; Lampedusa; passive revolution; conservative revolution.

*Si queremos que todo siga como está,
es necesario que todo cambie.*
Giuseppe Tomasi di Lampedusa
El gatopardo (1958)

INTRODUCCIÓN

El gatopardo es una pieza maestra de la literatura italiana. Su autor, Giuseppe Tomasi di Lampedusa, no había publicado nada previamente, por lo que era un escritor desconocido. La novela tuvo un éxito tan inmediato como inesperado. Sin embargo, Lampedusa nunca lo conoció, ya que su publicación se hizo en 1958 de manera póstuma, un año después de su muerte.

Se trata de una novela histórica que narra la vida de una familia aristocrática de Sicilia, los Salina, entre 1860 y 1910 durante el periodo de unificación del Estado italiano (el *Risorgimento*). El título *del gatopardo* se refiere

al felino –un serval– que se encuentra dibujado en el escudo de armas de la familia. Su patriarca, Don Fabrizio, observa con nostalgia el cambio de época que provoca la unificación nacional, en el que la burguesía culmina su ascenso político como clase dirigente del nuevo régimen, desplazando a la vieja aristocracia de la cual él sigue siendo parte. Esta figura tradicional contrasta con el personaje de Tancredi, el sobrino de Don Fabrizio, joven y ambicioso, que intenta sacar provecho de la agitación política, participando entre las camisas rojas de Garibaldi. Frente al desconcierto de su tío, que desapueba las actividades revolucionarias de su sobrino, Tancredi le declara: “Si queremos que todo siga como está, necesitamos que todo cambie.” Con esta frase, el personaje sintetiza la posición contradictoria en la que se encontraba entonces la aristocracia, si quería conservar su poder adaptándose a la revolución en curso.

El éxito de la novela popularizó esta fórmula, que pasó a la fama convirtiéndose en un lema político. Más allá del caso histórico en el que se inscribe la trama de *El Gatopardo*, la frase de Tancredi simboliza la capacidad de las clases dominantes para conservar su poder. La novela dio entonces origen a una perspectiva analítica, el gatopardismo (por su título) o estrategia de Lampedusa (por su autor), para criticar las políticas o acciones que se dicen revolucionarias, transformadoras o reformistas, pero que alteran solo superficialmente el orden social conservando las estructuras de poder que lo sostienen. De esta forma, el gatopardismo constituye una ilusión de cambio, un proceso político o social que aparenta innovaciones, pero que en realidad reproduce los fundamentos del orden que busca modificar bajo las apariencias del cambio.

Debido al potencial de su rendimiento analítico, este enfoque no ha dejado de ganar en popularidad, tanto en el periodismo y las humanidades –de donde es originaria– como entre las ciencias sociales. Así, la noción de gatopardismo ha sido aplicada en los últimos años para tratar una gran diversidad de temas, desde la oligarquía (Soares, 2009), las candidaturas independientes (Gilas, 2015) o la corrupción (Cepeda, 2022), hasta el transporte público (Arellano, 2018), la pedagogía (Rodríguez y Plá, 2019) o el derecho penal (Vanegas, 2021), pasando por la política ambiental (García-Granados, 2006), el monocultivo de soja (Costantino, 2013) y los agroquímicos (Naranjo, 2020), entre otros.

En América Latina, el auge del gatopardismo como categoría de análisis se ha nutrido, además, de los giros que ha dado la política regional en las dos últimas décadas. En particular, esta perspectiva ha sido adoptada por múltiples observadores para señalar las contradicciones del giro a la izquierda (GausSENS, 2018) y del progresismo latinoamericano (Modonesi, 2017), como en los casos de los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela (Rivas, 2012), Tabaré Vázquez en Uruguay (Mañán, 2013), Néstor Kirchner en Argentina y Michelle Bachelet en Chile (Aracena, 2020), Rafael Correa en Ecuador (Martínez, 2011; Machado, 2015), Evo Morales en Bolivia (Quiero, 2015) o, más recientemente, Andrés Manuel López Obrador en México (Aguilar, 2023).

A pesar de esta difusión, la aplicación del gatopardismo suele restringirse, sin embargo, a un uso retórico de la categoría que se limita a su significado general para señalar continuidades más allá de una apariencia de cambio, sin mayores desarrollos teóricos. El objetivo del presente artículo busca paliar esta deficiencia al dotar la noción de gatopardismo con contenidos de teoría social que le permitan ganar en robustez teórica y filo analítico. Para ello, el texto pondrá a debatir el gatopardismo con base en los tres principales conceptos que han expresado su idea central dentro de la teoría sociológica, respectivamente: 1) el concepto de “revolución pasiva” desarrollado por el marxista italiano Antonio Gramsci; 2) el de “revolución conservadora”, propuesto por el sociólogo francés Pierre Bourdieu; y, 3) el “*principio de Lampedusa*” acuñado por el estadounidense Immanuel Wallerstein.

El artículo presentará cada uno de estos tres conceptos, en este orden, a fin de entender la lógica de su construcción intelectual y los principales planteamientos que los articulan, en relación con la idea de gatopardismo. En un segundo momento, se planteará un ejercicio comparativo entre las tres propuestas conceptuales, recalcando las aportaciones de cada una y poniendo énfasis en las similitudes –más que en las diferencias (ciertamente presentes)– que acercan a los autores entre sí sobre la materia. Por último, el artículo cerrará con unas reflexiones finales sobre los límites que definen al fenómeno. De esta manera, constituye una reflexión teórica que busca avanzar planteamientos compartidos, a partir de nociones del pensamiento sociológico crítico, que permitan dotar de consistencia al gatopardismo y así contribuir a su conceptualización como fenómeno político.

LA REVOLUCIÓN PASIVA EN GRAMSCI

Antonio Gramsci (1891-1937) retoma el término de “revolución pasiva” del escritor y político Vincenzo Cuoco (1770-1823), conocido por su *Ensayo histórico sobre la revolución napolitana de 1799* (1801). En sus *Cuadernos de la cárcel* (1981-1999),¹ Gramsci recupera este término para desarrollar una visión crítica del siglo XIX europeo que él interpreta como una vasta reacción a la Revolución Francesa. El préstamo es explícito:

Vincenzo Cuoco llamó *revolución pasiva* a la que tuvo lugar en Italia como contragolpe a las guerras napoleónicas. El concepto de *revolución pasiva* me parece exacto no solo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución política de tipo radical-jacobino. (Gramsci, C4, p. 216-217).

De esta forma, Gramsci parte de una lectura historiográfica para desarrollar luego, entre sus *Cuadernos*, la noción de *revolución pasiva* más allá del caso italiano o de una época en particular, “llevando el grado de elaboración de esta a una generalización mucho más grande que la expuesta por la fórmula de Cuoco o por especificidades históricas que la pueden caracterizar” (De Felice, 2022, p. 33). En efecto, el marxista italiano se interesa en los procesos de modernización estatal o de transición a la modernidad que no necesariamente pasaron por una revolución burguesa sobre el modelo jacobino (francés), sino por una vía alternativa, menos radical, hecha mediante una serie de reformas y conflictos nacionales. Con esta operación,

Gramsci amplía considerablemente el concepto de *revolución pasiva* al atribuirle un alcance teórico y metodológico general. La *revolución pasiva* deviene, en esa ampliación, en una tendencia potencial al interior de todo proceso de transición: ‘El tema de la «revolución pasiva» como interpretación de la época del *Risorgimento* y de toda época compleja de cambios históricos’. (Buci-Glucksmann, 2022, p. 96)

¹ Todas las citas de Gramsci remitirán a esta edición de los *Cuadernos*, publicada por la editorial mexicana Era, con base en los trabajos de Massimo Modonesi (2017, 2022), indicando el número del cuaderno citado además de las respectivas páginas.

La primera referencia a la noción de *revolución pasiva* en los *Cuadernos* aparece como sinónimo de *revolución sin revolución*, lo que deja en evidencia, de entrada, la contradicción o ambigüedad que se encuentra en el núcleo del concepto, tensionado entre las tendencias opuestas de la conservación y la innovación. De allí la coincidencia con la idea del gatopardismo, que esconde la continuidad bajo una apariencia de ruptura. En este sentido, la formulación de la *revolución pasiva* va más allá de la dicotomía simple entre revolución y contrarrevolución, o reforma y contrarreforma.

Para Gramsci, la lucha de clases encuentra su dinámica en una guerra de movimientos y posiciones, en la cual las clases dominantes pueden oponer a los movimientos revolucionarios de los subalternos estrategias de *revolución pasiva*:

El desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con ‘restauraciones’ que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo, por lo tanto ‘restauraciones progresistas’ o ‘revoluciones-restauraciones’ o incluso ‘revoluciones pasivas’.
(Gramsci, C10, p. 205)

Aquí está la principal definición del concepto por el autor. La *revolución pasiva* constituye un movimiento de las clases dominantes, conducido desde arriba por medio del Estado, en respuesta frente al antagonismo expresado por los subalternos. Implica por lo tanto una acción previa desde abajo, sea una revuelta, una insurrección fallida o un episodio revolucionario limitado, pero suficientemente amenazador para el orden establecido como para ameritar una respuesta del Estado. En otras palabras, toda *revolución pasiva* sucede a un primer momento subversivo desde abajo, cuya amenaza obliga a los dominantes a adoptar reformas que satisfagan, aunque sea parcialmente y desde arriba, algunas de las reivindicaciones subalternas que motivaron su rebelión:

Durante la *revolución pasiva* las masas se expresan por medio de sublevaciones esporádicas, anárquicas, sin unidad ni autonomía con respecto a las clases dominantes. A estas sublevaciones ‘elementales’

de las masas, los grupos dirigentes responden con un reformismo atemperado, por ‘pequeñas dosis’, que moderniza al Estado y evita a toda costa la participación en él de las masas: la modernización del Estado y de la sociedad se efectúa legalmente, ‘desde arriba’. (Kanoussi y Mena, 2022, p. 151)

La *revolución pasiva* desarrolla entonces lo que Gramsci (C10, p. 124) llama un *conservadurismo reformista atemperado*. En este punto, como bien lo señala Massimo Modonesi, “el quid del contenido revolucionario y/o restaurador de las revoluciones pasivas remite sustancialmente a la combinación de dosis de renovación y de conservación” (2017, p. 23). Al respecto, las combinaciones posibles de la *revolución pasiva* son muy variables y casi infinitas, siempre y cuando se mantengan dentro de sus límites naturales: a la izquierda, la *revolución pasiva* encuentra su límite en la revolución “radical-jacobina” (activa, permanente), mientras que lo hace, a la derecha, en la restauración total como retorno del antiguo régimen.

Dentro de este marco, la *revolución pasiva* recogerá las reivindicaciones subalternas en mayor o menor medida, dependiendo de las relaciones de fuerza particulares a cada caso nacional. Podrá contener más elementos de cambio o de restauración, mediante un proceso de *revolución pasiva* progresivo o regresivo, según las necesidades de las condiciones de dominación. Al respecto, Gramsci ilustra ambos escenarios, respectivamente, con el análisis de las políticas del “americanismo” en Estados Unidos (conocido como *New Deal*) y las del fascismo italiano (De Felice, 2022).

Más allá de esta disyuntiva entre progresividad y regresividad, el éxito de toda *revolución pasiva* –como su nombre lo indica– dependerá de la producción de pasividad entre los subalternos, bajo la forma de un consenso que desactive su antagonismo y neutralice su autonomía, manteniéndolos en su condición de subalternidad. Por lo tanto, este tipo de estrategia permite a los dominantes enfrentar el antagonismo de clase transformando las relaciones de dominación para garantizar su reproducción. La *revolución pasiva* remite entonces a las capacidades de renovación de la dominación, mediante reformas que no dejan de ser conservadoras en el fondo, pero que, al ser presentadas como “revolucionarias” por el aparato estatal, pueden llegar a ser percibidas como tales por los subalternos, obteniendo así su consentimiento pasivo.

Dicho en términos gramscianos, la *revolución pasiva* representa un medio eficaz a disposición de las clases dominantes para la reconfiguración de la hegemonía. Por esta razón, “se puede aplicar al concepto de *revolución pasiva* [...] el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones” (Gramsci, C15, p. 188). Dentro de esta dinámica, una *revolución pasiva* opera como un mecanismo de ajuste que reequilibra las relaciones de fuerza entre dominantes y subalternos a favor de los primeros. Si es exitosa, garantiza la reproducción de la desigualdad del orden social al modificar progresivamente su composición, sentando las bases para una nueva forma de dominación (de allí su relación con las nociones conexas de transformismo y cesarismo en el pensamiento de Gramsci).

Como lo nota Buci-Glucksmann, “pareciera que las relaciones de producción capitalistas tuvieran una cierta capacidad interna de adaptación al desarrollo de las fuerzas productivas, una cierta plasticidad que les permite ‘reestructurarse’ en periodos de crisis” (2022, p. 97). Por eso, la *revolución pasiva* encuentra una particular utilidad para las clases dominantes en los periodos de crisis o, como dice el propio Gramsci, para “toda época compleja de cambios históricos”. También lo señala Modonesi: “las clases dominantes pueden resolver situaciones de crisis por cuanto disponen de márgenes de acción política para reconfigurar la hegemonía perdida” (2017, p. 27). Es así como la *revolución pasiva* representa una de las estrategias más eficaces, sin lugar a duda, para que los dominantes sorteen esos momentos críticos.

En suma, una política de tipo revolucionario-pasivo puede resumirse de la siguiente manera, con base en las tres secuencias que distingue Carlos Nelson Coutinho:

- 1) las clases dominantes reaccionan a las presiones provenientes de las clases subordinadas [...];
- 2) esta reacción, aunque tiene como objetivo principal la preservación de los fundamentos del antiguo orden implícita, sin embargo, la aceptación de ‘alguna parte’ de las exigencias que vienen ‘desde abajo’;
- 3) por ello, junto con la preservación del dominio de las viejas clases, se introducen modificaciones que abren el camino, a su vez, para nuevas modificaciones. Por lo tanto, nos enfrentamos a una dialéctica compleja de revolución-restauración. (2022, p. 193)

LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA EN BOURDIEU

Dentro de la historiografía, la *revolución conservadora* hace tradicionalmente referencia a un movimiento intelectual que reunió corrientes nacionalistas de derecha durante la República de Weimar (1918-1933) en Alemania. Figuras que suelen ser asociadas a este movimiento (conocido como *völkisch*) son, entre otros, Carl Schmitt, Ernst Jünger, Oswald Spengler o Martin Heidegger.

Pierre Bourdieu (1930-2002) se interesó en la obra filosófica de este último, con la publicación en 1975 de un largo artículo –en la revista que él acababa de fundar: *Actes de la Recherche en Science Sociale*– intitulado: *La ontología política de Martin Heidegger*,² este primer texto sirvió de base para un libro epónimo, publicado trece años más tarde, en 1988, en el contexto de una controversia intelectual en Francia sobre la filiación del filósofo alemán con el nazismo (Quélenec, 2021). Con este libro, Bourdieu buscaba distanciarse de la lógica de juicio político que imperó en esta controversia para, en cambio, defender la idea de que la obra de Heidegger constituye la “sublimación filosófica” de los principios éticos y políticos del movimiento revolucionario-conservador que había caracterizado la República de Weimar.

Para ello, el sociólogo francés empieza por reconocer la hazaña intelectual lograda por Heidegger dentro de una filosofía alemana aún dominada por el neokantismo:

La singularidad de la empresa filosófica de Heidegger radica en el hecho que tiende a hacer existir en el seno del campo filosófico, mediante un acto de fuerza filosóficamente revolucionario, una nueva posición, frente a la cual todas las demás tendrían que definirse [...] Para conseguir tal perturbación en las relaciones de fuerza internas al campo filosófico, y otorgar una forma de respetabilidad a tomas de posición heréticas, expuestas a parecer como vulgares, había que asociar las disposiciones ‘revolucionarias’ del rebelde y la autoridad específica que asegura un gran capital acumulado en el seno mismo del campo. (Bourdieu, 1988, p. 57)

² Todas las citas originales (en francés) de Bourdieu son traducciones mías.

La acumulación de este capital por Heidegger había sido posible gracias a su trayectoria dentro del sistema universitario como profesor asistente de Husserl, reconocido filósofo y fundador del movimiento fenomenológico. Desde esta posición de legitimidad al interior de la institución académica, en el seno mismo de la disciplina,

Heidegger introduce en la filosofía universitaria [...] palabras y cosas hasta el momento excluidas confiriéndolas una nueva nobleza, mediante la imposición de todos los problemas y emblemas de la tradición filosófica, e insertándolas en el entramado que tejen los juegos verbales de la poesía conceptual. La diferencia entre los portavoces de la ‘revolución conservadora’ [ya mencionados] y Heidegger, que hace entrar dentro de la filosofía la casi totalidad de sus tesis y muchas de sus palabras, radica enteramente en la forma con la que éstas se tornan irreconocibles. (Bourdieu, 1975, p. 118)

De allí la importancia fundamental que reviste la forma con la que Heidegger formula unas ideas que, si bien pertenecen a las corrientes nacionalistas de derecha, adquieren una nueva dimensión filosófica gracias a la apariencia innovadora que presentan. Con este proceder, Heidegger logra posicionar su propuesta filosófica como tercera vía. En efecto, haciendo una homología entre el campo intelectual y el político, Bourdieu afirma que el posicionamiento innovador de Heidegger “se ubica con relación al marxismo y el neokantismo como las ‘revoluciones conservadoras’ se sitúan en el campo ideológico-político con relación a los socialistas y los liberales” (Bourdieu, 1988, p. 80).

De esta manera, la filosofía de Heidegger ilustra para Bourdieu la estrategia típica de las revoluciones conservadoras, “que consiste en lanzarse al fuego para no quemarse, cambiar todo para no cambiar nada, por medio de uno de esos extremos heroicos que, en el movimiento por situarse siempre más allá del más allá, unen y concilian verbalmente los opuestos en proposiciones paradójicas, y mágicas” (Bourdieu, 1988, p. 73-74). Aquí se encuentra claramente enunciado el lema del gatopardismo, para caracterizar la estrategia de la revolución conservadora. Su lógica, “que mantiene y busca mantener el orden establecido, y la posición en este orden de quien lo

opera, se encuentra en esta inversión radical que conserva y que es necesaria para conservar” (Bourdieu, 1975, p. 136).

Esta idea de gatopardismo está presente en otros trabajos de Bourdieu, empezando por su obra maestra, *La Distinción* (1979), en la cual el sociólogo –probablemente inspirado en su estudio de Heidegger– reconoce la posibilidad de que “la permanencia puede estar asegurada por el cambio y la estructura perpetuada por el movimiento” (Bourdieu, 2012a, p. 193). Si parece contradictoria, Bourdieu advierte que la ambigüedad de esta lógica se debe a la razón dicotómica que opone mecánicamente la dinámica a la estática (como lo hacía la “física social” de Comte), el movimiento a la estructura, la transformación al orden o la revolución a la restauración.

Es necesario, por ende, abandonar este tipo de razonamiento binario para aprehender la contradicción central del concepto de revolución conservadora. Reconocer la posibilidad, por más paradójica que sea, de que haya cambio en el orden y orden en el cambio, resulta fundamental para entender que las clases dominantes –cuyos gustos son analizados por Bourdieu en *La Distinción*– tienen un especial interés en disfrazar el orden de cambio para asentar su dominación.

Ahora, en términos más prácticos, la *revolución conservadora* implica la realización de una acción política por parte de ciertos agentes, los llamados “revolucionarios conservadores”, que buscan hacer la revolución para restaurar algunos aspectos del antiguo régimen dentro de un nuevo orden social. En este punto, Bourdieu advierte sobre el peligro de reconocer al conservadurismo solamente en su forma reaccionaria, lo que equivaldría a exponerse a una grave ingenuidad política.³ Dicho de otro modo, la derecha no tiene el monopolio de la reacción política, ya que el conservadurismo también puede revestir formas “revolucionarias”, es decir, formas de izquierda. En este caso, el reto radica en que la conservación del orden establecido venga del cambio, y que este cambio se convierta en una ilusión de cambio.

Para lograr este objetivo, los revolucionarios conservadores se apoyan en la producción de una ideología dominante (Bourdieu y Boltanski, 2009) –siguiendo la hazaña original de Heidegger– con el fin de generar esta necesaria ilusión de cambio. Es lo que Bourdieu llama el “conservadurismo

³ Para Bourdieu, se trata de un error que habría cometido, por ejemplo, Simone de Beauvoir en su ensayo sobre *El pensamiento político de la derecha* (1955).

mo ilustrado”, entendido como ideología de toda *revolución conservadora* que, “siempre dispuesto a aceptar o incluso impulsar cambios en todos los campos que no afecten a los fundamentales del orden social, se [ve] ofrecer, desde la derecha y desde la izquierda, los contrastes que necesita para darse las apariencias de una vanguardia” (Bourdieu, 2012a, p. 518).

El concepto de *revolución conservadora* va a ser empleado por Bourdieu en sus últimos escritos –más militantes–, a finales de los años 1990 e inicios de los 2000, para criticar el giro neoliberal de las políticas económicas y sociales. Por un lado, lo define de una manera precisa como “una restauración del pasado que se presenta como una revolución o una reforma progresista; una regresión, un retroceso que se entrega como un progreso, un salto adelante y que logra ser percibido como tal” (Bourdieu, 2001, p. 32). Por el otro, lo aplica directamente al caso del neoliberalismo,⁴ incluso en el título mismo de una de sus *Intervenciones* (2002): “El neoliberalismo como revolución conservadora.”

Esta aplicación se basa en un caso de estudio previo sobre el mundo editorial, cuyos resultados de investigación fueron publicados en el artículo: *Una revolución conservadora en la edición* (1999). En este último, Bourdieu observa las transformaciones acaecidas en el campo editorial de Francia desde los años 1970, caracterizadas por el peso creciente de las lógicas financieras sobre las estrategias de publicación. A través de este caso, critica la imposición de las lógicas mercantiles incluso a los campos de la producción cultural, cuya autonomía intelectual y libertad artística se ven amenazadas por la expansión del capital.

Ahora bien, “si esta *revolución conservadora* puede engañar, es porque ya no tiene nada que ver, en apariencia, con la vieja pastoral de los revolucionarios conservadores de los años treinta;⁵ reviste todos los signos de la modernidad. ¿Acaso no viene de Chicago?” (Bourdieu, 1998, p. 41). Es así como el neoliberalismo contemporáneo representaría una *revolución conservadora* de un nuevo tipo, asociado al mito de la globalización, en el sentido de que,

⁴ En este punto la interpretación de Bourdieu difiere de la de Coutinho (2022), por ejemplo, quien no ve en la época neoliberal una revolución pasiva, sino una simple contrarreforma.

⁵ En una referencia directa a Heidegger.

Bajo las formas de un mensaje muy elegante y moderno, hace regresar las más viejas ideas de la patronal más vieja [...] Es lo propio de las revoluciones conservadoras, la de los años treinta en Alemania, la de Thatcher, Reagan y otros, de presentar restauraciones como revoluciones. La *revolución conservadora* toma hoy una forma inédita: no se trata, como en otros tiempos, de invocar un pasado idealizado, a través de la exaltación de la tierra y la sangre, temas arcaicos de las viejas mitologías agrarias. Esta *revolución conservadora* de un nuevo tipo se reivindica del progreso, la razón, la ciencia (la economía en este caso) para justificar la restauración, y así busca devolver al arcaísmo el pensamiento y la acción progresistas. (Bourdieu, 1998, p. 40)

EL PRINCIPIO DE LAMPEDUSA EN WALLERSTEIN

Immanuel Wallerstein (1930-2019) recupera el apellido del autor de *El Gatopardo* para construir su propio concepto: el *principio de Lampedusa*, entendido como sinónimo de gatopardismo. Reconoce este préstamo de forma explícita en un artículo de 1984, originalmente intitulado: *Patterns and Prospectives of the Capitalist World-Economy*. En él, Wallerstein explica que

Las capas sociales dirigentes (la burguesía mundial) tienen una amplia posibilidad de inventar medios para conservar el poder y los privilegios. La adopción de nuevos roles sociales y de nuevas coberturas ideológicas puede ser, para las capas sociales hoy dominantes, un nuevo medio para perpetuarse dentro de un sistema nuevo. El hecho de que los grupos dominantes buscan sobrevivir, incluso a una crisis, entra ciertamente en la lógica de la dominación. Así como lo decía el terrateniente, héroe de *El Gatopardo* de Lampedusa, ‘debemos cambiar todo para que todo quede igual’. (Wallerstein, 1984, p. 800. Traducción propia)

Con esta primera referencia al gatopardismo, Wallerstein pone de manifiesto la capacidad de agencia de la clase dominante para conservar su poder, así como la relevancia de la ideología para esconder esta reproducción y el

potencial de los periodos de crisis para implementar este tipo de estrategia. No obstante, es en su libro: *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI* (1998) donde Wallerstein desarrolla de una manera más amplia su concepto de *principio de Lampedusa*. En él, empieza por recordar que el gatopardismo no es el único medio del que dispone la burguesía para defender sus privilegios, por lo que sus integrantes se enfrentan a dilemas a la hora de elegir qué hacer frente a la amenaza de las “clases peligrosas”:

La estrategia óptima para defender el privilegio [...] ha sido desde hace mucho tiempo tema de debate entre los privilegiados, y no es una cuestión sobre la que hasta ahora que las ciencias sociales nos hayan ofrecido una evidencia definitiva. Para comenzar por lo más fácil, existe una divergencia de opiniones entre los que consideran que la clave es la represión (por lo menos la represión sensata) y quienes piensan que el secreto son las concesiones de un poquito de participación con el fin de preservar el resto. Por supuesto que se puede intentar hacer una mezcla de ambas fórmulas. (Wallerstein, 1998, p. 83-84)

El principio o estrategia de Lampedusa apuesta entonces por el segundo polo, alternativo a la opción meramente represiva, a través de una proporción mayor de concesiones hechas desde arriba en respuesta a las demandas de los dominados. Como lo resume el sociólogo estadounidense, “la razón básica de las concesiones por parte de los privilegiados a las demandas de democratización es calmar la ira, incorporar a los rebeldes, pero siempre para salvar el marco base del sistema. Esta estrategia encarna el *principio de Lampedusa*” (Wallerstein, 2002, s/p).

Resulta particularmente útil a la clase dominante, advierte Wallerstein, en los momentos de crisis. En efecto, “el problema más grande para los privilegiados surge con la conciencia de una crisis sistémica, cuando finalmente les llega (si les llega), e integran esta expectativa en sus procedimientos operacionales. En ese punto es posible que busquen poner en práctica el *principio de Lampedusa*” (Wallerstein, 1998, p. 85). Los periodos de crisis, guerra o conflictos son por tanto los que más requieren de este tipo de estrategia, cuya aplicación necesita la intervención de algunos poderosos para devolver sentido y orden a la dominación. Wallerstein menciona en especial la figura de

Los visionarios de la restauración de jerarquías y privilegios, los guardianes de la llama eterna de la aristocracia. Personas individualmente poderosas pero carentes de toda estructura colectiva –el ‘comité ejecutivo de la clase dominante’ nunca se ha reunido– ellos actúan (si no conjuntamente, entonces en turno) durante las crisis sistémicas a causa de que perciben que todo está ‘fuera de control’. En ese punto, proceden de acuerdo al *principio de Lampedusa*: ‘todo tiene que cambiar para que todo siga igual’. Qué inventarán y ofrecerán al mundo, es difícil de saber, pero confío en su inteligencia y perspicacia. Se ofrecerá algún nuevo sistema histórico, y pueden tener la capacidad de empujar al mundo en esa dirección. (Wallerstein, 1995, p. 77)

Ahora, si el *principio de Lampedusa* corresponde a un procedimiento extremadamente engañoso, y también eficaz en caso de tener éxito, su aplicación concreta no deja de plantear una serie de desafíos para los privilegiados. Wallerstein los agrupa en tres grandes retos: “el primer problema es inventar el cambio (menos fácil y obvio de lo que uno podría pensar). El segundo es engañar a una gran parte del bando del que se forma parte. El tercero es engañar a los oponentes” (Wallerstein, 1998, p. 85).

Con respecto al primer problema, relativo a la invención del cambio, el sociólogo sentencia que “el método con más probabilidades de triunfar sería aquel que incluyera muchos de los términos de los inconformes” (Wallerstein, 1998, p. 86), bajo la forma que sea necesaria según el caso, pudiendo ser la del socialismo, del feminismo o del ambientalismo, entre otros. En este sentido, la forma de inducir que la ausencia real de transformación signifique la existencia ficticia de cambio, paradójicamente, “puede venir con el pretexto de la ecología o del multiculturalismo [...] Es muy difícil para los movimientos [sociales] no dejarse llevar por la corriente al paso del tiempo, en especial si por este medio pueden obtener parte de sus objetivos inmediatos” (Wallerstein, 1998, p. 86).

El segundo reto consiste en persuadir a los demás privilegiados acerca de la necesidad estratégica de realizar algunas concesiones a favor de los dominados, con el fin de apaciguar sus luchas sin poner en peligro el fundamento de sus privilegios. En este punto, el problema específico radica en la necesaria clandestinidad de una estrategia de Lampedusa, cuyas tácticas no

pueden darse a conocer públicamente so pena de cancelar el efecto de ilusión que buscan proyectar. Wallerstein lo demuestra de la siguiente manera:

Supongamos que algún grupo astuto idea una estrategia efectiva conforme al *principio de Lampedusa*. Es posible que muchos de los de su bando no comprendan lo que está sucediendo, por lo que pueden mostrarse renuentes a dar su apoyo político (o financiero en realidad). ¿Qué hacer en este caso? Por supuesto que los proponentes podrían dar una explicación clara, pero eso frustra el propósito mismo de una estrategia de Lampedusa. Entonces tendrán que defenderla discreta e indirectamente, lo cual puede o no convocar a los demás. (Wallerstein, 1998, p. 87)

Finalmente, en caso de haber sorteado los dos primeros problemas, es decir, haber logrado construir una ilusión de cambio y obtener la colaboración de una fracción importante de la clase dominante, nada garantiza que la estrategia convenza a sus destinatarios: los dominados. Aquí, Wallerstein (1998, p. 87) se pregunta “cómo persuadir a la gran mayoría de que el no cambio es en realidad un cambio [...] El elemento clave de una estrategia de Lampedusa es nunca proclamar la verdadera estrategia muy abiertamente, sino insistir en una estrategia superficial” (Wallerstein, 1998, p. 87).

La puesta en práctica del *principio de Lampedusa* requiere entonces de algunos elementos distractores, suficientemente llamativos para desviar la atención de los dominados de los objetivos reales, mismos que han de permanecer ocultos. De esta forma, la clase dominante “debe tender una peligrosa cuerda floja: dar suficientes explicaciones a favor para congregarse a sus partidarios, pero no tantas como para sostener la evidencia y los motivos de fiera oposición del otro bando. No será fácil” (Wallerstein, 1998, p. 88).

Esta dificultad expresa, a su vez, la limitación del *principio de Lampedusa*, en la medida en que las concesiones hechas a los dominados presentan un impacto acumulativo e incremental que puede repercutir sobre el funcionamiento del sistema político y económico, poniendo en riesgo su capacidad de reproducción. Por esta razón fundamental, Wallerstein señala que

El *principio de Lampedusa* es muy eficaz, hasta un punto de inflexión. Las demandas por una mayor democratización, por una mayor redistribución del pastel político, económico y social, lejos de haberse agotado, son infinitas, aunque sólo sea en incrementos. La democratización de los últimos 200 años, incluso si ha beneficiado sólo a mi hipotético 19% de la población mundial, ha sido costosa para el 1% y ha consumido una porción notable del pastel. Si el 19% se convirtiera en el 29%, por no hablar del 89%, no quedaría nada para los privilegiados. Para ser muy concreto, ya no se podría tener la acumulación incesante de capital, que después de todo es la razón de ser de la economía-mundo capitalista. Así pues, o hay que detener el proceso de democratización, y esto es políticamente difícil, o hay que pasar a algún otro tipo de sistema para mantener las realidades jerárquicas y desigualitarias. (2002, s/p)

El sociólogo concluye sus reflexiones en torno al *principio de Lampedusa* con una advertencia acerca de la nueva era a la que hemos entrado con el siglo XXI, la cual parece ser “aún más traicionera. Estamos navegando en mares desconocidos. Conocemos más sobre los errores del pasado que sobre los peligros del futuro cercano” (Wallerstein, 1994, p. 154). En particular, el autor se preocupa por saber “si emergerá una nueva familia de movimientos antisistémicos con una nueva estrategia, suficientemente fuerte y flexible como para tener un impacto mayor en el periodo 2000-2025, un impacto tal cuyo resultado no sea la propuesta de Lampedusa” (Wallerstein, 1995, p. 77).

EL GATOPARDISMO A DEBATE

Para un ejercicio comparativo entre los conceptos de revolución pasiva, *revolución conservadora* y *principio de Lampedusa*, cabe empezar recordando la diferencia temporal que separa los *Cuadernos de la cárcel*, escritos en los años 1930, de las obras de Bourdieu y Wallerstein, que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XX. En consecuencia, si bien Gramsci no pudo conocer a sus colegas y sucesores, su pensamiento sí tuvo una influencia indudable en ellos –aunque sea más en Wallerstein que en Bourdieu–, quienes fueron lectores de los *Cuadernos*. Esta influencia, desde luego, facilita la comparación entre sus respectivos planteamientos.

Bourdieu coincide con la lectura culturalista que hace Gramsci del Estado, logrando así trascender el economicismo tradicional del marxismo, que solía reducir el Estado a un simple instrumento con funciones de dominación (el famoso ‘comité de negocios de la burguesía’): “Gramsci da al Estado no solo la función de coaccionar y mantener el orden, sino también, lo que no es poca cosa, la de establecer y reproducir el consenso” (Bourdieu, 2012b, p. 225). Sin embargo, Bourdieu considera excesivo el poder de la hegemonía tal como es teorizada por el italiano, en la medida en que tiende a sobreestimar las capacidades estatales de regulación para la domesticación de los subalternos.

Asimismo, critica su visión funcionalista del Estado, al desatender el estudio de las condiciones sociales de su existencia, como en particular, la acción de las instituciones y de ciertos grupos que participa de su construcción (maestros, juristas, intelectuales, etc.), incluso en sus formas más cotidianas. Es desde esta perspectiva que Bourdieu retoma el concepto de hegemonía en sus cursos *Sobre el Estado* (2012b) y discute el papel de los intelectuales, incluyendo a los llamados por Gramsci como “intelectuales orgánicos”.

En suma, la reserva de Bourdieu con respecto a la teoría gramsciana consiste en complementar el análisis de las funciones de producción del consenso que cumple el Estado, con el estudio de las condiciones sociales de esta producción, en la que intervienen instituciones, grupos e individuos concretos –tal como lo hizo Bourdieu, por ejemplo, junto con Luc Boltanski en *La producción de la ideología dominante* (1976)–. En pocas palabras, se trata de unir superestructura y agencia, conciliando el materialismo con lo simbólico.

Por su lado, la obra de Wallerstein presenta una filiación más inmediata con la de Gramsci, en tanto ambos teóricos se reivindican del marxismo –a diferencia de Bourdieu–. Wallerstein también recibe su influencia de manera indirecta, por medio de los estudios subalternos (*Subaltern Studies*) –de impronta gramsciana– con los cuales dialoga. Como resultado, el sociólogo estadounidense retoma la noción de subalternidad junto con la de hegemonía –que es, probablemente, el concepto nodal de la obra de Gramsci–, para pensar en las posibilidades de revolución a inicios del siglo XXI. En particular, le interesa analizar la evolución histórica de los nuevos movimientos antisistémicos, surgidos a raíz de la revolución cultural mundial de 1968, para observar –en términos gramscianos– la diversidad de las formas de lucha de las clases y grupos subalternos, las respuestas que enfrentan estos

nuevos movimientos, desde el polo de la dominación, y las disputas por la hegemonía que conlleva la conformación de un bloque histórico.

Ahora bien, si Bourdieu y Wallerstein integran las ideas de Gramsci a sus propios análisis, incluidos sus principales conceptos –como los de hegemonía, subalternidad e intelectual orgánico–, ninguno de los dos se ha detenido sobre el punto de la revolución pasiva, más allá de algunas menciones al término. Lo anterior resulta aún más curioso si se toma en cuenta que, en su formulación, tanto la *revolución conservadora* como el *principio de Lampedusa* presentan importantes similitudes con la revolución pasiva. En efecto, de la interpretación cruzada de los tres conceptos resulta una gran complementariedad, que se expresa en una serie de elementos en común.

El primero de ellos corresponde a los términos usados por los autores. A nivel formal, recordemos que uno de los sinónimos que utiliza Gramsci en su definición de la *revolución pasiva* es el de una “*revolución-restauración*”, mismo que, a su vez, podría formularse también como una “*revolución-conservación*” tal como lo hace Bourdieu. Así, *revolución pasiva* y *revolución conservadora* representan conceptos hermanados en su formulación misma. Esta interpretación se ve reforzada por el papel ideológico que en ellas juega el conservadurismo, como se verá más adelante.

El segundo punto en común es de orden metodológico, ya que los tres autores desarrollan una sociología histórica cuya perspectiva les permite elaborar conceptualizaciones. Mientras que Wallerstein ancla el *principio de Lampedusa* en la larga duración del sistema-mundo, tanto Gramsci como Bourdieu parten de casos historiográficos concretos, caracterizados por un periodo de crisis y de transición para ilustrar el gatopardismo –a través de la unificación italiana y la República de Weimar, respectivamente–. No obstante, más allá de otros casos posibles –como el americanismo y el fascismo en Gramsci, o el neoliberalismo en Bourdieu–, ambos autores convergen con Wallerstein a la hora de concebir el gatopardismo como un principio universal de dominación, que no solo encuentra una utilidad analítica para entender ciertas coyunturas particulares, sino un potencial metodológico de carácter más general, como medio a disposición de las clases dominantes en la guerra de movimientos y posiciones que las opone a los subalternos.

En este sentido, las tres propuestas conceptuales comparten en el fondo la misma premisa filosófica, de la cual deriva este potencial analítico, y que

corresponde fundamentalmente al fenómeno del gatopardismo. Se trata de la idea de una paradoja, la posibilidad contradictoria de que el orden social sea conservado y se reproduzcan las desigualdades por medio de una política “revolucionaria” que reforme algunos aspectos del sistema político, económico y social, pero sin alterar sus fundamentos, como estrategia de las clases dominantes para responder a las demandas de los subalternos. Esta idea se expresa claramente en Gramsci, cuando habla de revoluciones sin revolución como restauraciones que han acogido una parte de las exigencias de abajo; en Bourdieu, quien afirma que las clases dominantes tienen un especial interés en disfrazar el orden de cambio para asentar su dominación; y en Wallerstein, al reconocer la necesidad de ciertas concesiones a favor de los subalternos para apaciguar sus luchas, salvando así el marco base del sistema capitalista.

El gatopardismo responde entonces a la complejidad dialéctica de la dominación, tensionada entre revolución y restauración. Expresa el antagonismo que opone a los dominantes y subalternos para la conservación y transformación del orden social. Es desde esta perspectiva dialéctica que la revuelta popular constituye un requisito a la *revolución pasiva* en Gramsci, como antecedente que también se encuentra en el caso estudiado por Bourdieu, con un República de Weimar amenazada en sus inicios por la rebelión espartaquista.

Esta tensión entre revolución y restauración, no obstante, no se resuelve ni se agota en el gatopardismo, pues la dominación no es un juego de suma cero donde gana la conservación o la revolución. Al contrario, la disyuntiva en la cual se encuentran los dominantes, sea entre consenso y coerción (Gramsci), entre concesión y represión (Wallerstein) o entre “la mano izquierda y la mano derecha del Estado” (Bourdieu, 1998), es tan permanente como infinitas son las demandas de los subalternos. El arte del gatopardismo radica entonces en un equilibrio que dosifica ambas respuestas para adaptarlas al estado cambiante de las relaciones de fuerza entre dominantes y subalternos.

Otro punto de acuerdo que une los tres conceptos está en la utilidad mayor que adquiere el gatopardismo en tiempos de crisis o de transición. Desde un principio, la *revolución pasiva* es constituida por Gramsci en un criterio de análisis especialmente útil para interpretar “toda época compleja de cambios históricos”. También es el caso del *principio de Lampedusa*, que encuentra en los periodos de crisis sistémica un mayor potencial de aplica-

ción. En este mismo sentido, tampoco es casualidad el hecho de que Bourdieu se haya apoyado en el caso de la República de Weimar, como momento crítico de transición al nazismo en Alemania, para desarrollar su concepción de la revolución conservadora.

El gatopardismo constituye por lo tanto una estrategia aún más relevante en los periodos de crisis sistémica o de transición histórica, en los que el orden de la dominación es cuestionado por los subalternos con mayor fuerza. Esta función “anticrisis” encuentra su razón de ser en el hecho de que una estrategia de Lampedusa exitosa permite que las transformaciones producidas no afecten los fundamentos del régimen de dominación o, en caso contrario, contribuyan a la construcción de una nueva hegemonía.

Este último punto no es menor. Refleja toda la complejidad de la dominación que permite aprehender la perspectiva analítica del gatopardismo, ante unas clases dominantes que no solamente son capaces de conservar su poder, sino también de reinventar sus formas de dominación para sobrevivir al cambio social. Por consiguiente, incluso en el caso de grandes transformaciones en las estructuras de poder, los dominantes pueden promover una reconfiguración de su hegemonía como resultado de una estrategia de Lampedusa, advierte Wallerstein, con base en “el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares” establecido por Gramsci. Es así como –dice Bourdieu– los revolucionarios conservadores buscan hacer la revolución para restaurar algunos aspectos del antiguo régimen dentro de un orden social nuevo. En este sentido, el gatopardismo representa un medio de transformación de la hegemonía.

Otro denominador común que une a los tres autores es su reconocimiento sobre las capacidades de acción y adaptación de las clases dominantes. Esta agencia de los privilegiados, a su vez, se expresa concretamente en la acción política de ciertos grupos e individuos para la puesta en práctica del gatopardismo. Es aquí donde intervienen los revolucionarios conservadores –siguiendo el camino de Heidegger–, “los visionarios de la restauración de jerarquías y privilegios, los guardianes de la llama eterna de la aristocracia” –de Wallerstein– (1995, p. 77). Estos individuos poderosos pueden llegar a cumplir funciones de liderazgo carismático, en el espíritu del gesto heroico que ellos operan “en el movimiento por situarse siempre más allá del más allá” (Bourdieu, 1988, p. 74). Es por esta razón que Gramsci relaciona *revo-*

lución pasiva y cesarismo, debido a que el gatopardismo puede requerir la intervención de algún César para asegurar su éxito.

Además de estos individuos poderosos, los tres autores concuerdan también en la importancia de los intelectuales en los procesos de gatopardismo. Es la célebre figura de los intelectuales orgánicos de Gramsci que incluye, desde luego, a los de la *revolución pasiva* –como en el caso del historicismo de Croce para el Risorgimento–. Son los intelectuales del “fin de la historia” que tanto critica Wallerstein (1996) –con Francis Fukuyama a la cabeza– o los apóstoles de la contrarrevolución neoliberal que Bourdieu (1998) pone al desnudo. El rol que cumple este tipo de intelectuales es relevante, ya que son los principales encargados de producir el pensamiento conservador que servirá de justificación ideológica al gatopardismo.

En este punto, vale recordar que la *revolución pasiva* es llamada así por Gramsci porque es productora de pasividad entre los subalternos. De igual manera, Bourdieu enfatiza la necesidad de que la revolución conservadora, en la definición misma del concepto, requiere ser percibida como tal por los dominados para que pueda funcionar. Por su lado, Wallerstein plantea que el desafío final que enfrenta una estrategia de Lampedusa está en convencer a los de abajo de que el cambio es real. Y esta labor de persuasión, precisamente, se (re)produce en la ideología con la que los intelectuales revolucionarios-conservadores visten el gatopardismo. La generación de consenso y de pasividad entre las masas populares pasa entonces por la producción e imposición de una nueva ideología dominante. Por eso, todo proceso de gatopardismo desarrolla una forma de conservadurismo, sea de corte “reformista atemperado” para Gramsci, “ilustrado” para Bourdieu o “liberal” para Wallerstein (1996).

Por último, los tres sociólogos coinciden sobre la vigencia del gatopardismo pese a la distancia temporal que separa la obra de Gramsci. En efecto, el italiano aplicó el concepto de *revolución pasiva* al americanismo (keynesianismo) y al fascismo, dos políticas que le fueron contemporáneas. De igual manera, Bourdieu entiende los procesos de imposición del neoliberalismo que él presencia como las formas de una *revolución conservadora* internacional. Coincide con Wallerstein, además, en una crítica a la globalización (‘mundialización’ en francés) que ambos perciben como otra forma de gatopardismo, con la salvedad de que “la nueva era a la cual acabamos de entrar es no obstante aún más traicionera” (Wallerstein, 1994, p. 154).

REFLEXIONES FINALES

La comparación de los conceptos sociológicos de revolución pasiva, *revolución conservadora* y *principio de Lampedusa*, en las obras de Antonio Gramsci, Pierre Bourdieu e Immanuel Wallerstein respectivamente, permite delinear un zócalo común para una definición teórica del gatopardismo. A partir de sus elementos compartidos, puede decirse que se trata de un principio político de dominación que radica en la paradoja de que el orden social sea conservado por medio de una política “revolucionaria” que reforme algunos aspectos del sistema político, económico y social, pero sin alterar sus fundamentos, como medio de las clases dominantes para responder a las demandas de los subalternos que les permita mantenerse en el poder. Este principio de dominación, a su vez, presenta un potencial metodológico de carácter general que otorga a su perspectiva de análisis una aplicación amplia sobre una gran diversidad de casos –tal como se había visto en la introducción–.

El gatopardismo corresponde entonces a un principio de dominación política que, además de expresar la complejidad dialéctica del antagonismo que opone históricamente a dominantes y subalternos, también constituye un medio de reconfiguración de la hegemonía a disposición de las clases privilegiadas, frente a la amenaza que representa la rebelión de los de abajo para la conservación y transformación del orden social. En este sentido, nos encontramos ante una estrategia política que gana relevancia en los periodos de crisis sistémica o de transición histórica, en los que el orden de la dominación es cuestionado por los subalternos con mayor fuerza. Esta capacidad de agencia y adaptación de las clases dominantes se expresa concretamente en la acción de ciertos grupos e individuos para la implementación de la “nueva” política, en la que desempeñan un papel destacado los intelectuales como principales encargados de producir una forma de conservadurismo que servirá de cobertura ideológica a la restauración revolucionaria.

Resumido así, el gatopardismo podría aparecer como un arma maquiavélica en beneficio de los poderosos, un dispositivo de engaño masivo con gran eficacia. Sería olvidar, sin embargo, la advertencia hecha por Bourdieu de no sobreestimar las capacidades estatales de regulación para la domesticación de los subalternos. De igual manera, el rechazo de Gramsci de todo meca-

nicismo y fatalismo, en el sentido de que la *revolución pasiva* no es ninguna ciencia de la dominación y que su desarrollo tampoco es infalible. Aquí surgen, nuevamente, los límites del gatopardismo –claramente identificados por Wallerstein–, que no deja de ser un juego de equilibrio político sumamente precario y contingente, atrapado en la contradicción que lo tensiona.

Estos límites hacen necesario, por ende, evitar los “peligros de derrotismo histórico, o sea de indiferentismo, porque el planteamiento general del problema puede hacer creer en un fatalismo” (Gramsci, C15, p. 236). La teoría del gatopardismo aquí esbozada no deriva en una imposibilidad revolucionaria, sino en la necesidad de entender uno de los principales obstáculos a los que se enfrenta la revolución en un sentido radical. “La concepción sigue siendo dialéctica, o sea que presupone, incluso postula como necesaria, una antítesis vigorosa” –insiste Gramsci– (C15, p. 236). En este sentido, el final del gatopardismo se encuentra en las capacidades autónomas de las clases y grupos subalternos para llevar a cabo una acción revolucionaria permanente, cuya rebeldía anule en los hechos la trampa de Lampedusa. De la resistencia de estas fuerzas sociales seguirá dependiendo la suerte del gatopardismo.

FUENTES CONSULTADAS

- AGUILAR, J. (2023-08-01). Miserias del gatopardo. En *Nexos*.
- ARACENA, F. (2020). El gatopardismo progresista y el neoextractivismo. En *Encrucijada Americana*. Vol. 12. Núm. 1. pp. 5-19. DOI: <https://doi.org/10.53689/ea.v12i1.156>
- ARELLANO, A. (2018). El transporte público en el área metropolitana de Guadalajara: agenda, proyectos y ‘gatopardismo’. En *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*. Vol. 7. Núm. 1. pp. 11–32. DOI: <https://doi.org/10.15174/remap.v7i1.241>
- BOURDIEU, P. (1975). L’Ontologie Politique de Martin Heidegger. En *Actes de la Recherche en Science Sociale*. Vol. 1. Núm. 5-6. pp. 109-156. DOI: <https://doi.org/10.3406/arss.1975.2485>
- BOURDIEU, P. (1988). *L’Ontologie Politique de Martin Heidegger*. París: Les Éditions de Minuit.

- BOURDIEU, P. (1998). *Contre-feux*. París: Raisons d'agir.
- BOURDIEU, P. (1999). Une Révolution Conservatrice dans l'Édition. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Núm. 126-127. pp. 3-28. DOI: <https://doi.org/10.3406/arss.1999.3278>
- BOURDIEU, P. (2001). Questions Sur l'Art pour et avec les Élèves d'une École d'Art Mise en Question. En I. Champey (Ed.). *Penser l'Art à l'École*. pp. 13-58. Arles: Actes Sud.
- BOURDIEU, P. (2002). *Interventions, 1961-2001*. Marsella: Agone.
- BOURDIEU, P. (2012a). *La Distinción*. México: Taurus.
- BOURDIEU, P. (2012b). *Sur l'Etat. Cours au Collège de France (1989-1992)*. París: Raisons d'agir / Seuil.
- BOURDIEU, P. y BOLTANSKI, L. (2009). *La producción de la ideología dominante*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BUCI-GLUCKSMANN, C. (2022). Sobre los problemas políticos de la transición: clase obrera y revolución pasiva. En M. Modonesi (Coord.). *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. pp. 95-124. Manresa: Bellaterra.
- CEPEDA, J. (2022). *Gatopardismo mexicano*. México: Debate.
- COSTANTINO, A. (2013). ¿Gatopardismo sojero? Los efectos de la bonanza sojera sobre el cambio estructural en Argentina y Brasil. En *Nueva Sociedad*. Núm. 244. pp. 84-96.
- COUTINHO, C. (2022). La época neoliberal, ¿revolución pasiva o contra-reforma? En M. Modonesi (Coord.). *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. pp. 189-200. Manresa: Bellaterra.
- DE FELICE, F. (2022). Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci. En M. Modonesi (Coord.). *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. pp. 29-94. Manresa: Bellaterra.
- GARCÍA-GRANADOS, F. (2006). Gatopardo en verde: la Comisión Nacional de Derechos Ambientales. En D. Cienfuegos y M. Macías (Coords.). *Estudios en homenaje a Marcia Muñoz de Alba Medrano*. pp. 137-163. México: IIJ-UNAM.
- GAUSSENS, P. (2018). *La izquierda latinoamericana contra los pueblos. El caso ecuatoriano (2007-2013)*. México: CIALC-UNAM.
- GILAS, K. (2015). El gatopardismo detrás de la regulación de las candidaturas independientes en México. En *Revista Justicia Electoral*. Núm. 15. pp. 171-194.

- GRAMSCI, A. (1981-1999). *Cuadernos de la cárcel*. México: Era.
- KANOUSI, D. y MENA, J. (2022). Sobre el concepto de revolución pasiva. En M. Modonesi (Coord.). *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. pp. 125-156. Manresa: Bellaterra.
- MACHADO, D. (2015). El gatopardismo correísta. En *Viento Sur*. Vol. 143. pp. 17-29.
- MAÑÁN, O. (2013). Uruguay y la era ‘progresista’: gatopardismo y desencanto. En *Comercio Exterior*. Vol. 63. Núm. 6. pp. 41-49.
- MARTÍNEZ, M. (2011). *El cascabel del gatopardo. La revolución ciudadana y su relación con el movimiento indígena*. Quito: FLACSO.
- MODONESI, M. (2017). *Revoluciones pasivas en América*. México: UAM-Ítaca.
- MODONESI, M. (Coord.) (2022). *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. Manresa: Bellaterra.
- NARANJO, A. (2020). El gatopardismo en el campo. En E. Daza, T. Artacker y R. Lizano (Coords.). *Cambio climático, biodiversidad y sistemas agroalimentarios*. pp. 233-244. Quito: Abya-Yala.
- QUÉLENNEC, B. (2021). Pierre Bourdieu, Lecteur de Martin Heidegger – Retour Sur L’Ontologie Politique de Martin Heidegger (1975/1988). En *Germanica*. Núm. 69. pp. 219-230. DOI: <https://doi.org/10.4000/germanica.14586>
- QUIERO, F. (2015). El ecocapitalismo: gatopardismo del siglo XXI. Análisis y evaluación de su impacto en el gobierno de Evo Morales 2005-2010. En *Diké*. Vol. 9. Núm. 17. pp. 115-136. DOI: <http://dx.doi.org/10.32399/fder.rdk.2594-0708.2015.17.125>
- RIVAS, C. (2012). La ideología revolucionaria como síntoma de ‘gatopardismo’ en la Revolución Bolivariana. En *Revista Venezolana de Ciencia Política*. Núm. 41. pp. 87-100.
- RODRÍGUEZ, X. y PLÁ, S. (2019). Gatopardismo y enseñanza de la historia. En *Cuestiones Pedagógicas*. Núm. 27. pp. 127-142. DOI: <https://doi.org/10.12795/CP.2018.i27.08>
- SOARES, C. (2009). El gatopardismo de la oligarquía paraguaya. En *Nova-polis*. Núm. 4. pp. 51-64.
- VANEGAS, H. (2021). *Compliance programs* como atenuante de responsabilidad penal de las personas jurídicas: novedad o gatopardismo. En *Revista de la Facultad de Derecho de México*. Vol.

71. Núm. 281. pp. 353-381. DOI: <https://doi.org/10.22201/fder.24488933e.2021.281-1.81073>
- WALLERSTEIN, I. (1984). Tendances et Prospectives d'Avenir de l'Économie-Monde. En *Études Internationales*. Vol. 15. Núm. 4. pp. 789-801. DOI: <https://doi.org/10.7202/701746ar>
- WALLERSTEIN, I. (1994). El derrumbe del liberalismo. En *Secuencia*. Núm. 28. pp. 137-154. DOI: <http://dx.doi.org/10.18234/secuencia.v0i28.455>
- WALLERSTEIN, I. (1995). Paz, estabilidad y legitimidad, 1990-2025/2050. En *Argumentos*. Núm. 22. pp. 59-77.
- WALLERSTEIN, I. (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, I. (1998). *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. México: UNAM-Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, I. (2002). Democracy, Capitalism, and Transformation. En O. Enwezor *et al.* *Democracy Unrealized. Documenta11_Plattform1*. pp. 97-110. Ostfildern-Ruit: Hatje Cantz Verlag.

Fecha de recepción: 22 de junio de 2024
Fecha de aceptación: 25 de mayo de 2025

DOI: <https://doi.org/10.29092/uacm.v23i60.1261>